

- Soy feliz, completamente feliz... ¡Ah!
Oyé... (Suena un clarín.)
- ENRIQUE. El deber me llama.
- CONDE. ¿Volverás?
- ENRIQUE. Presto vuelvo.
- MARGARITA. Esperad, caballero; mi padre partió con vos á las Ibueras: ¿qué es de mi padre?
- ENRIQUE. Vuestro padre..., señora, murió.
- MARGARITA. ¡Ah! (El Conde se dirige á Margarita; pero se detiene bruscamente.) ¡Padre mío!

ESCENA VIII.

EL CONDE, ORDOÑO, MARGARITA, INES.

- CONDE. Inés, haz que preparen habitacion á Enrique para cuando retorne. Acompaña á Margarita.
- MARGARITA. Sí, Inés... (La vida se me acaba. ¿Hay más desdichas, Dios mío?) (Vánse.)
- CONDE. (Tomando de un brazo á Ordoño, y llevándolo al medio del salon.) Ya lo viste, Ordoño. Ya lo viste.... ¡Se conocían, se conocían.... y.... sospecho que se aman!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

Jardin alumbrado por la luz de la luna.—Puertas laterales con gradas.—En el fondo, una gran verja de hierro.—Bancos, árboles, etc.

ESCENA PRIMERA.

NUÑO, INES.

- NUÑO. Debió esperar más tiempo.
- INES. Esperó.
- NUÑO. No, por mi vida.
- INES. Creyó que no volvería.
- NUÑO. Amor se nutre de ausencia, sí... y al fin hubiera alcanzado el premio. ¡Ay quién de mujeres fía....!
- INES. Quisolo así el destino.
- NUÑO. Es culpable, Inés.
- INES. Culpable no, desventurada. Mas ¿qué pudo dar origen á esa fatal noticia?
- NUÑO. Muy sencillo es por cierto.
- INES. No alcanzo á comprenderlo.
- NUÑO. Lo vas á comprender.—Gonzalo de

T. II.—3.

Salazar y Per-Almíndez Chirinos quedaron por Hernando Cortés, para gobernar en su nombre la Nueva España. Parte el conquistador á Ibebras..... Gonzalo y Per-Almíndez sospechan que el conquistador guarda en los aposentos de su palacio el oro y las riquezas todas del Imperio Azteca. ¿Cómo adquirir ese oro? ¿Cómo apropiarse esas riquezas? Divulgando la funesta nueva de la muerte del conquistador. Cunde de boca en boca la desastrosa noticia. Los Gobernantes entran á saco el Palacio, y afianzan su poder sobre el ánimo contristado y abatido de los amigos de Cortés. Entretanto, nosotros, Inés, llegamos al final de la jornada. Cristóbal de Olid muere, y sus pendones rebeldes, dobléganse ante nosotros..... Pero, Inés, vuestra señora, se olvida de Don Enrique, y ante el ara santa entrega su corazon y su mano..... ¡Ay quien de mujer fía, y fía de promesas engañosas! Vé.... Ya lo sabes todo.... Aquí, dentro de breves instantes.....

INES.

¡Nuño!

NUÑO.

Mi señor lo quiere. (*Vánse el uno por la derecha, y la otra por la izquierda.*)

ESCEÑA II.

EL CONDE, ORDOÑO por el fondo.

CONDE. Aire..... necesito aire que respirar..... Allí dentro me ahogo.... me parece que estoy enterrado vivo y que la pesada losa de un sepulcro me oprime el pecho.... ¡Cómo cambia en una hora el presente! ¡Cómo se trueca en un minuto la dicha en llanto, y cómo muere en un segundo la esperanza!

ORDOÑO. Alejad á Don Enrique....

CONDE. Tú me viste hace poco..... Hace muy poco que te contaba, no sé qué de felicidades y alegrías..... Sentía joven mi corazon, y late anciano ya. Te hablaba de salud y estoy enfermo..... Apenas puedo tenerme.

ORDOÑO. Tal vez os engañais.....

CONDE. ¡Pluguiera al cielo! Pero tú ¿no lo viste? ¿No reparaste en aquel estrecho abrazo del alma? ¿No viste aquellos ojos? ¿No viste aquellos semblantes? ¿Por qué los labios de Enrique temblaron? ¿Por qué los labios de Margarita enmudecieron?

ORDOÑO. A veces, señor conde, obcecados por maligna influencia, creemos ver lo que no existe.... creemos....

CONDE. Niño..... ¡Qué niño eres, y blanquean tus cabellos.....! Tú mismo

no crees lo que me estás diciendo, Ordoño! No lo crees.

ORDOÑO. Señor.....

CONDE. En aquel momento de turbacion, cuando Enrique me preguntaba si era mi esposa Margarita, ¿no viste cómo temblaron sus dedos entre los gavilanes de su espada? ¿No viste desprenderse de sus pupilas el relámpago de los celos..... y cómo brotaron los míos aquí, en el interior de mi pecho?... Tú no sentiste la tormenta..... tú no has llegado á comprender cómo hierve la lava de los volcanes, bajo la helada nieve de su cima.

ORDOÑO. Pues bien, señor, si ese no es un engaño, si estais seguro de que esa es la verdad, os lo repito, alejad de vos á Don Enrique.

CONDE. ¿Alejarlo?..... ¡Alejar á Enrique!..... ¡Separarlo de mi lado!—¡Ay! Búscame á Nuño..... Al momento, búscame-lo; quiero hablarle.

ORDOÑO. Está bien, señor; obedezco.

ESCENA III.

EL CONDE, solo.

CONDE. Ayer, anoche á esta misma hora, reclinaba yo tranquilo mi cabeza sobre la almohada..... Acababan de cerrarse mis labios despues de una ora-

cion..... Mi oracion de todas las noches por el alma de mi Enrique. ¡Dios mío! Y hoy, hoy vuelve á mi lado, y llega sólo á robarme la calma y el reposo..... Yo decía ¡infeliz de mí! que viviendo él, nada faltaría á mi ventura, y hé aquí cuán horrible desengaño. ¡Ah!... Si el padre de Enrique viviera, y me mirara.... Si sus ojos pudieran leer en el revuelto fondo de mi pecho..... ¡Qué lástima tendría de mí! Fuera su sacrificio mi amargura. (*Pausa ligera.*) ¡Oh! necesito saberlo todo..... Todo..... Y apurar firme y sereno, hasta la última gota, la hiel del sufrimiento.... Y ella.... Margarita..... Mi Margarita. Si al ménos pudiera odiarla..... Si al ménos fuera culpable..... Nuño.

ESCENA CUARTA.

EL CONDE, ORDOÑO, NUÑO.

ORDOÑO. Aquí está Nuño.

CONDE. [*A Nuño.*] Acércate.... Ven acá.... Acércate más.

NUÑO. Mandad, señor Conde.

CONDE. ¿Te acuerdas de una triste noche, en que llorabas hambriento orillas de un camino?

NUÑO. Sí, señor Conde.

- CONDE. La luz de las estrellas alumbraba débilmente el macilento rostro de una mujer desdichada.
- NUÑO. ¡Mi madre!
- CONDE. ¿Te acuerdas, Nuño?
- NUÑO. Me acuerdo.
- CONDE. ¿Quién la abrigó bajo su techo?
- NUÑO. Vos.
- CONDE. ¿Quién cuidó de alimentarla?...
- NUÑO. Vos.
- CONDE. ¿Y de aliviar sus dolores y de darla sepultura?
- NUÑO. Vos, señor conde, vos.
- CONDE. Pues bien, en nombre de aquella santa mujer, contéstame.
- NUÑO. Vuestro soy..... Preguntadme.
- CONDE. ¿Cuándo conoció Enrique á Margarita?
- NUÑO. [Turbado.] Señor..... (¡Dios mío! ¿Qué hacer?)
- CONDE. ¿Cuándo?
- NUÑO. Hace tres años.
- CONDE. ¿Dónde?
- NUÑO. Una tarde en vísperas, en San Francisco el viejo.
- CONDE. ¿La amó?
- NUÑO. La amó.
- CONDE. ¿Se amaron?
- NUÑO. Se amaron.
- CONDE. ¿Veíala con frecuencia?
- NUÑO. Todas las noches, al pié de una reja.

- CONDE. ¿Lo sabía Benavides, el padre de Margarita?
- NUÑO. Lo ignoraba, lo ignoraba como todo el mundo.
- CONDE. Y cuando Enrique se marchó....
- NUÑO. Juráronse amor eterno.
- CONDE. Y él durante la ausencia, ¿no pudo darle noticias tuyas?
- NUÑO. Nunca.
- CONDE. ¿Ni una vez sola?
- NUÑO. Ni una vez.... Andando siempre por desconocidos senderos, llegamos, señor, á Irueras, sin dejar tras de nosotros más que la huella de nuestras pisadas.... Pero Don Enrique me hablaba siempre de su amor.... Siempre.....
- CONDE. ¡Ah, siempre.....! Basta, Nuño.... ¿Conoces mi hacienda de Churubusco?
- NUÑO. Sí, señor Conde.
- CONDE. En ella están alojados los padres franciscanos que llegaron hace algun tiempo..... Monta en la mejor de mis cabalgaduras, y parte al instante..... Toma, entrega en mano propia al Guardian de aquellos religiosos este pliego. Espera.
- NUÑO. (Volviéndose.) Señor.
- CONDE. Sobre la cruz de esa espada, que yo te puse al cinto, jura que no dirás nada á Enrique, tu señor, de lo que te

he preguntado. Júralo Eres hidalgo.

NUÑO. Lo juro.

CONDE. Ahora, véte.

ESCENA V.

EL CONDE, ORDOÑO.

CONDE. Ya lo oiste, Ordoño. ¿Dudas ahora?

ORDOÑO. No señor, no dudo.

CONDE. ¿Comprendes que uno de los dos está demás sobre la tierra?

ORDOÑO. Sí, señor.

CONDE. ¿Comprendes todo el dolor de mi alma? ¿Concibes la locura, la desesperación hasta lo infinito? ¿Concibes el horror á la vida? Sí, lo concibes, y es necesario terminar cuanto ántes. . . . Ordoño, prepara mi litera. Estoy de viaje.

ORDOÑO. Señor, pensad.

CONDE. Vé. . . . Cuando todo esté listo, avísame. Aquí espero.

ESCENA VI.

EL CONDE, solo.

CONDE. ¡Lucha! ¡Lucha cruel, impía y bastarda! Yo no podré soportar su presencia. No, no. Ellos van á seguirse amando. No podrá ser de otro modo. El amor no tiene barreras. Salta sobre los abis-

mos. . . . Su campo es lo infinito. . . . y la guadaña de la muerte nada más le hiere. Podrán verse todos los días delante de mí, y yo no podré tal vez ni sorprenderlos. El amor se oculta muy fácilmente. . . . En una seña furtiva. En una rápida mirada. Allí se esconde. . . . Perdone la pasión; pero castigaría con sangre la ingratitud ¡Ah! ¿Qué oigo? Se abre esa puerta. ¡Enrique! ¿Qué querrá? ¿Qué viene á hacer aquí? [*Enrique por una puerta lateral, baja silenciosamente, y avanza hasta la mitad del proscenio. El Conde se oculta entre los árboles.*]

ESCENA VII.

EL CONDE oculto. ENRIQUE. Despues MARAGRITA.

ENRIQUE. Aún no viene. . . Si Margarita no acude á mi demanda, soy capaz en mi despecho. El Conde. . . . Mi protector. Mi padre. ¡El Conde es mi rival! Todo el fuego del infierno, todo, arde en mi seno. ¡Ah! . . . (*Aparece Margarita.*)

CONDE. (*Viendo á Margarita.*)—¡Ella!

ENRIQUE. ¡Margarita!

MARGARITA. Sí, aquí estoy. Vos lo quisísteis.

ENRIQUE. Mentira me parece. No es esto posible; decid que estoy soñando: de-

- cid algo, señora, que me arranque al fin de esta horrorosa pesadilla.
- MARGARITA. *(Con indiferencia.)* ¿Yo? Nada tengo que deciros.
- ENRIQUE. Odio, que no amor, debíerais inspirar á mi alma..... Desprecio, que no celos. ¿Quién tiene valor para mostrar sereno semblante al recuerdo de una mentira?
- MARGARITA. ¡Mentira!
- ENRIQUE. ¿No estoy aquí? Suena aún en mis oídos el eco de un juramento.... También debe sonar en los vuestros, Margarita.
- MARGARITA. ¿Eso nada más queríais decirme?....
- ENRIQUE. Eso..... Sí..... Eso. ¿Sois de mármol por ventura?
- MARGARITA. Sí, de mármol.
- ENRIQUE. ¿No amais?
- MARGARITA. A mi esposo.
- ENRIQUE. Lo cual no quita que seais perjura y falsa.
- MARGARITA. Os creí muerto.....
- ENRIQUE. Débil disculpa á la más negra de las ingratitudes.
- MARGARITA. Os había perdido para siempre.
- ENRIQUE. Y me olvidásteis
- MARGARITA. No, rogaba á Dios por vos, todos los días.
- ENRIQUE. En la duda de si aún vivía....
- MARGARITA. No, en la duda no, Enrique..... Yo

- he visto el templo del Señor revestido de paños fúnebres, á la tétrica y paavorosa luz de los blandones.—Allí estaba el suntuoso túmulo de Hernando Cortés.—Allí el de Pedro de Alvarado, el de Gonzalo de Sandoval, los de otros capitanes, y allí el tuyo, ¡el tuyo Enrique!..... Dejé correr mi llanto.... Acompañaba al órgano la fúnebre plegaría de mi alma, y el vacío de la eternidad heló mi pecho.
- ENRIQUE. Otra llama ardió en él.
- MARGARITA. Otra llama..... ¡Oh Dios!... Cariño santo.... El Conde era tu protector.... Te amaba como yo: como yo, sufría, Enrique, el dolor eterno.. ¡Eterno es el dolor del que ama á los que han muerto!
- ENRIQUE. Pero ya ves que aquel fué un horrible engaño, Margarita ... Y yo no puedo vivir sin tí.
- MARGARITA. Ni yo podré.
- ENRIQUE. Mentira habrá de ser la ilusion de aquellos amores... Mentira el porvenir halagüeño con que soñábamos... Y ¡cuán hermosa estás! *[Acercándose á Margarita.]*
- MARGARITA. Calla.
- ENRIQUE. *(Con vehemente pasion.)* ¡Margarita
- MARGARITA. Aparta.
- ENRIQUE. ¡Perderte para siempre...! Yo que

te he visto en mi delirio durante esa malhada ausencia sonreirme á todas horas, sonreirme al rayo de la luna, atravesando como blanco fantasma la soledad del campamento. En medio de las tinieblas, Margarita, disipadas en torno tuyo por la luz sola de tus enamorados ojos. . . . Entre el fragor del rudo combate. . . . Oir tu voz que me decía: «espera», y descubrir ahora que aquel acento y aquella sonrisa no eran más que delicioso ensueño de una esperanza que debía morir. Saber ahora que en brazos de otro más venturoso que yo, pasas la vida. ¿No te parece esto espantoso? ¿Hay martirio mayor?

MARGARITA. No lo hay. . . . No lo hay.

ENRIQUE. No volverás á verme nunca.

MARGARITA. ¿Nunca? ¿Qué intentas, Enrique? Habla.

ENRIQUE. Morir. . . Tú también morirás.

MARGARITA. Si. Yo también, Enrique. . . . Yo conozco que me dominará tu amor. . . Que no conseguiré arrancarte de mi memoria, que á donde quiera que torne los ojos allí estará tu imagen adorada.

ENRIQUE. [*Aproximándose á Margarita*] Bella fuera la vida de otro modo, Margarita.

MARGARITA. Sí. . . . muy bella.

ENRIQUE. Siempre juntos los dos. . . .

MARGARITA. Sin separarnos ni un solo día.

ENRIQUE. Ni un solo día.

ENRIQUE Y MARGARITA. (*A un tiempo y rechazándose.*) ¡Ah!

MARGARITA. El conde es mi esposo.

ENRIQUE. El conde es mi protector.

MARGARITA. No debemos ofenderle ni con el pensamiento. . . .

ENRIQUE. Esto que estamos haciendo es una infamia. . . .

MARGARITA. Una infamia sin nombre.

ENRIQUE. Es necesario que no volvamos á vernos.

MARGARITA. Nunca.

ENRIQUE. Busque cada cual la muerte, que es el único remedio para dolor tan grande.

MARGARITA. Sí. . . Adios. . . adios. . . para siempre.

ENRIQUE. Para siempre.

CONDE. (*Saliendo.*) Enrique. . .

ENRIQUE. ¡Ah!

CONDE. Margarita. . . . Tú también. Os buscaba, os buscaba á los dos. . . Fuí á tu habitación, y no te hallé. . . Fuí á la tuya, y tampoco estabas, Margarita. Y como frecuentemente bajas á tu pequeño jardín, díjeme: allí debe estar ella. Tú, Enrique, bajarías por casualidad!

- ENRIQUE. Sí. (Respiro.)
CONDE. Y os encontrásteis los dos....
MARGARITA. Sí....
CONDE. Y estaríais seguramente hablando de mí.. Es seguro que de mí hablábais. ¿No es cierto Margarita? O hablabas de tu padre.. de tu pobre padre.. Le viste tu morir? [A Enrique.]
ENRIQUE. Sí, murió como mueren los valientes.
MARGARITA. ¡Padre mío!
CONDE. Es muy justo tu dolor..... ¡Pobre Margarita!.... Resígnate, hija mía, resígnate.. A semejante golpe te habías resignado ya.
MARGARITA. Es cierto.
CONDE. Al fin el cielo benigno nos envía un consuelo en Enrique.. Era lo único que faltaba á nuestra dicha.. Viviendo juntos..
ENRIQUE. No, señor, Conde.
CONDE. ¿Cómo has dicho?..¿Qué estás diciendo?
ENRIQUE. Mañana al rayar el alba saldré de México.
CONDE. Pero eso no es posible..
ENRIQUE. Sí tal, señor; una comision del servicio me obligará á abandonaros.
CONDE. Imposible.
ENRIQUE. Señor....
CONDE. Te digo que es imposible, y.. Mira.. Ahora que os veo á los dos juntos,

- me acaba de ocurrir una idea, una hermosa idea. Si en vez de ser Margarita mi esposa, lo fuese tuya..
ENRIQUE. ¿Qué decís?
MARGARITA. Señor..
CONDE. Sí..... Lo que habeis oído..... Ella llena de vida y de juventud.... ¡En esa risueña edad de las pasiones ardientes!.... Tú, jóven, arrogante, altivo.... Ella lozana, tú fuerte.... ¡Cuánto os amaríais..... Y ¡cuán venturoso sería yo á la sombra de vuestros amores!
ENRIQUE. ¡Qué locura, padre mío....! ¿No sois dichoso acaso?
MARGARITA. ¿Acaso no te amo, Hernando, para hacerte feliz?

ESCENA VIII.

- Dichos y ORDOÑO, por el fondo.
ORDOÑO. Listo está todo, señor Conde; he parado el viaje.
MARGARITA. ¿Te vas?
ENRIQUE. ¿Os vais?
CONDE. Sí, á mi posesion de Churubusco.... Enrique, acompañarás á Margarita
ENRIQUE. Solos. [Aparte.]
MARGARITA. (Aparte y muy rápido.) Sola con él.
ENRIQUE. Vos no podeis ir solo.
MARGARITA. Fuerza será que yo teacompañe, Hernando.

- ENRIQUE. Y cuando hace tanto tiempo que vivimos separados, debo ir con vos.
- MARGARITA. Soy tu esposa, y no debo separarme de tí.
- ENRIQUE. En mí es obligacion hasta cierto punto.
- MARGARITA. Y en mí, deber.
- CONDE. *(Rechazándolos con suavidad)* Basta!
- MARGARITA. Hernando....
- CONDE. ¡Basta! Marcharé en compañía de Ordoño. Adios.... Hasta despues, Enrique..... Margarita, hasta la vista! Qué tormento, Ordoño, que tormento! *[Al llegar á la reja, se vuelve á los dos con supremo dolor y dice]:* ¡Adios!

ESCENA IX.

ENRIQUE y MARGARITA se quedan un instante como ensimismados.

- ENRIQUE. *(Dirigiéndose á Margarita, y acercándose á ella.)* ¡Margarita!
- MARGARITA. *(Señalando al pabellon de la derecha.)* Idos, ni una sola palabra. ¡Idos!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

Salon de bóveda con puertas laterales, una á la derecha y dos á la izquierda, en primero y segundo término.—En el fondo, en medio, un balcon desde el cual se ven las copas de los árboles de un huerto.—Balcon á la derecha, junto á la puerta de entrada.—Un altar.—Una lámpara colgada del centro de la bóveda ilumina la escena.—Comienza á oscurecer.

ESCENA PRIMERA.

ORDOÑO; NUÑO.

- NUÑO. ¡Horrible desgracia!
- ORDOÑO. Irreparable, Nuño..... ¿Quién pudo ní soñar en ella?.. Bien que el señor Conde andaba ya achacoso, y segun el pronóstico del físico Pero López, que es un sabio, hace tiempo que nuestro señor debió pasar á mejor vida.
- NUÑO. Dios le tenga en su gloria.
- ORDOÑO. Así sea. El, hasta cierto punto, moti-